

LAS HUELLAS DE TORCUATO*

Por ORLANDO MÁRQUEZ
Fotos del autor

En el Obispado de Cienfuegos le saludé varias veces, eran encuentros esporádicos. Con los relatos que había escuchado sobre su vida me construí la idea de un hombre singular, algo fuera de moda, como su nombre. Hace unos días tuve finalmente la oportunidad de entrevistarle. Entonces me di cuenta que la sencilla y desafiante vida de este anciano debía ser conocida por otros, porque por su fe y entrega a Dios descubrió, de una vez para siempre, la felicidad que todo hombre y mujer buscan en esta vida.

El catequista y misionero fundador



En la galería alta del Obispado, Torcuato D'escoubet y Carriga se sienta junto a mi y enciende su pipa. Sin soltarla un momento comienza a responder cada pregunta, con agilidad, con una sonrisa siempre. Así comienza este viaje en el tiempo y el espacio. Torcuato nació en Cienfuegos en 1911, a poca distancia de la Parroquia y colegio de Monserrat, de los padres jesuitas. Allí se formó, como sus ocho hermanos y dos hermanas.

En “ese yunque”, como él dice, se templó su fe. De niño acompañaba a sus hermanas mayores, después religiosas consagradas, cuando iban a dar catequesis. Desarrolló “el deseo de dar catecismo a los niños” me dice, y ya con 19 años, como miembro del Apostolado de la Oración, “me iba a los lugares lejanos de la ciudad donde no había catequesis a fundar centros catequísticos”.

Sabana Miguel, fue uno de esos pueblos sin templo alejados de la ciudad. Torcuato supo que sus habitantes eran pequeños agricultores que cada día, a las dos de la madrugada, cargaban sus carretones para vender sus productos en la Plaza del Mercado. “Yo pensé siempre que había otros que enseñaban en los colegios religiosos, en las catequesis de las parroquias, pero, ¡caballero!, los de la periferia ¡¿no son hijos de Dios también?! Y mi celo era por esa pobre gente”.

Hasta allá se fue Torcuato, evangelizó y ganó buenos amigos. Después se hizo acompañar por otros hombres y juntos daban catequesis, celebraban con los campesinos, “bajo los palmares o en el Salón de Baile” que prestaba Don Mariano, la fiesta de la Caridad con sus procesiones o la Navidad, con regalos para niños y mayores. “Gente buena y cristiana”, recuerda, “hoy los veo cuando vienen aquí y me dicen ‘padre, ¿se acuerda de mi?’ y yo les pregunto -se toca el pecho- ‘¿cómo está la fe por dentro?’ y ellos me contestan ‘sí padre, yo creo y creeré siempre’. Esa es la semilla que se sembró”. Algo similar ocurrió en el barrio *Tulipán*, donde fue a catequizar hacia 1930, y aunque no

había templo él “consagró” el lugar y sus gentes a Cristo Rey. Y a Cristo Rey está dedicada hoy la capilla que construyeron los padres jesuitas, arrastrados por el misionero laico.

Benemérito

Monseñor Martínez Dalmáu, tercer Obispo de Cienfuegos, decía de él que era “un laico fuera de lo normal”. Fue de los primeros en unirse a la Unión N° 43 de los Caballeros Católicos en Cienfuegos, “el inicio del Movimiento de hombres” como él le llama. Con la misma devoción se consagró al Congreso Eucarístico de Cienfuegos en 1940, trabajando en su Comité de Propaganda. En esa ocasión conoció por primera vez un Nuncio Apostólico, Monseñor Jorge Caruana. Pero Torcuato ha conocido, además, a los seis obispos que ha tenido Cienfuegos hasta la fecha, y ha trabajado con los cinco últimos (Zubizarreta, Dalmáu, Müller, Prego y Emilio).

Aunque se formó con los jesuitas, es el último seglar miembro de la Tercera Orden de los Dominicos, a la que se unió en 1930, porque Torcuato, afirma, “no es de Juan, ni de Santiago, es de Cristo”. Y como él “tenía todos los resortes” en Cienfuegos, fundó también, en 1954, la Adoración Nocturna, devoción que hizo peregrinar en los pueblos del territorio. Quise saber de qué vivía, entonces supe que se ganaba el sustento como vendedor. “En esa época me gustaba viajar, era un comisionista, porque quería tener libertad, y si un día decidía no trabajar, dejaba la maleta para dedicarme al servicio de la Iglesia. Tenía representaciones de almacenes y lo mismo vendía tabaco que azúcar, velas y veinte cosas. Salía de aquí hasta Matanzas los lunes, y el viernes estaba de regreso para dedicarme a mis actividades en la Iglesia” el fin de semana. Incansable, no dudó nunca en cumplir lo que consideraba su misión. Lo de ser misionero fundador y hombre de confianza de la jerarquía eclesiástica, no era impedimento para otros trabajos, como imprimir textos en un viejo mimeógrafo dando vueltas a la manivela o convertirse en actor de comedias: “No puedo estar con los brazos cruzados”.



Monseñor Emilio Aranguren, obispo de Cienfuegos y Torcuato D'escoubet, en el edificio episcopal, donde residen.

Quienes trabajan en el apostolado no esperan recompensas en este mundo, pero Monseñor Martínez Dalmáu intercedió ante Roma y logró para Torcuato D'escoubet la condecoración *Pro-Ecclesia et Pontifice* en 1954.

Su casa y su familia

Torcuato reside, desde comienzos de los 60s, en el edificio episcopal, a solicitud de Monseñor Müller. Nunca se casó y no tiene descendencia. Le pregunto por qué y si se arrepiente de no haberlo hecho. “No me dio tiempo con tantas actividades de la Iglesia”, contesta, “pero estoy satisfecho, porque tengo muchos hijos espirituales que Dios me ha dado, y compartí siempre con los niños. A veces salgo a la calle y llevo caramelos en los bolsillos para dárselos a los niños, amiguitos míos”. Sin embargo, hubo un momento en que sintió la soledad. Eran los años de éxodo masivo. Sus hermanos y hermanas, sus amigos laicos, los sacerdotes y religiosas de las escuelas católicas emigraron, otros fueron expulsados. Él mismo pensó emigrar en 1964, “un momento en que le dije a mis familiares ‘voy para allá pronto’. Pero a mi me pasó algo...”, dice con cierta nostalgia, “todo me salió al revés, tiré el pasaporte en una gaveta y dije ¡no! Yo sentí mucho los grandes éxodos, esa diáspora tan grande de amigos y familiares, de todos los que se fueron. Yo me quedé y afronté lo

duro que fue quedarse solo, pero en verdad uno nunca está solo. Y esa etapa pasó”.

Fueron los años difíciles de las nacionalizaciones de escuelas y hospitales religiosos, de la desaparición de las sociedades religiosas y sus edificios. A Torcuato le correspondió responsabilizarse con varios templos y capillas que dejaron a su partida varias de esas congregaciones religiosas, a solicitud del Obispo Müller, porque como él dice, “siempre hubo gente que dio el pecho a la situación”. Así ocurrió con el templo de los dominicos, junto a la Escuela de Química Azucarera que tenían los religiosos, el primero de su tipo en Cuba. Torcuato logró conservar, para la diócesis, la iglesia de los dominicos solicitando cada mañana, al hombre uniformado, que le abriera las puertas desde dentro, después tocaba las campanas y convocaba a los pocos feligreses que quedaron. Hasta un día en que no le abrieron la puerta, y estrelló su cuerpo contra el portón haciendo saltar el pestillo interior. Después de esto, buscó un cerrajero, mandó poner una cerradura y entregó las llaves al obispo: ya no era necesario pedir permiso cada mañana.

Y también salvó la iglesia de Aguada de Pasajeros con sus capillas sufragáneas, las que cuidó durante 15 años, hasta que llegaron mejores tiempos, en los que un sacerdote pudo hacerse cargo definitivamente. “Pero todo pasa” afirma Torcuato. “Ha cambiado mucho la actitud hacia la Iglesia, sobre todo después de la visita del Papa, y cada día seguirá mejor”.

La canción de un Siervo de Dios

Como no ha soltado su pipa, le pregunto si fuma mucho. “Desde que tenía 19 años”, me dice “y no me ha afectado la voz”. Para demostrarlo entona, con su voz aún fuerte, una estrofa: “Oh Virgen santa/ Madre de Dios/ Soy la esperanza del pecador/ soy la esperanza del pecador...¡Todavía Torcuato tiene voz cará’...!” y rompe a reír, con una fuerte carcajada, feliz como quien disfruta de la felicidad. El canto lo aprendió del sacerdote mejicano Rafael Guizar Valencia, hoy candidato a los altares, quien vino a Cuba debido a la persecución religiosa desatada en México a principios del pasado siglo. “Pues yo no le puedo decir nada más porque era muy niño. Pero me gustó tanto lo que cantó que cuando llegué a mi casa me encaramé en un barril a cantar y a hacer como el cura”, dice, y vuelvo a escuchar su escandalosa risa.

Torcuato de Cienfuegos

Hemos hablado un rato largo. Soy consciente que ha consagrado su vida a Dios, a la Iglesia, pero también a Cienfuegos. ¿Puede existir Torcuato fuera de Cienfuegos? “Esta es la cuna que me vio nacer. Cuando salgo y voy a la Iglesia de Monserrat, todos los días, desde niño, miro las casas y digo ‘aquí vivió fulano y aquí zutano... ¿dónde están?...’ No hay nadie. Queda un viejo nada más, que va dejando huellas en el camino. Yo no me enraicé nunca en ninguna comunidad en que estuve. Las quise como mi vida, pero sólo he dejado huellas. Las raíces me las llevé, para que donde quiera que caiga, sea árbol que dé sombra, fruto y no sirva para la leña”, y por tercera vez escucho su estruendosa carcajada. Me voy contento, he visto a un hombre feliz. Tal vez su nombre esté fuera de moda, pero no su persona ni su vida. Porque Torcuato simplemente se puso en el camino con fe en Dios, y aún anda por ese camino, dejando huellas.

*Trabajo publicado en Palabra Nueva No 110, Julio-Agosto 2002.